

plorar el favor de Quetzalcoatl. A fin de atender cuidadosamente al culto de sus especiales deidades, cada señorío mantenía en los teocallis, que habían levantado á sus expensas en la poblacion, los sacerdotes necesarios.

Cholula era, por decirlo así, la Roma de aquellos países; la ciudad protegida por las celestes divinidades, á donde marchaban, en peregrinacion, millares de personas de las provincias, reinos y estados.

Mas de doscientos templos se levantaban en su espaciosa área, ostentando sus elevadas torres, descollando entre todos, como un gigante poderoso, el magnífico dedicado á la divinidad del aire (1).

Por desgracia, los altares de esos numerosos teocallis humeaban, con frecuencia, con la sangre de seres humanos. Seis mil eran las víctimas que se sacrificaban anualmente en la ciudad á las funestas deidades (2).

Ciudad que era considerada como sagrario de la religion, preciso es que se viera poblada de numerosos habitantes. Y así era en efecto. Cholula contaba en los momentos en que nos encontramos los sucesos que refiero, con cien mil almas. Tenía veinte mil casas dentro de los lindes de su área, y número igual en sus arrabales (3). Hoy que su importancia antigua la ha perdido, su poblacion está reducida á diez y seis mil habitantes (4).

(1) «E certifico á Vuestra alteza—dice Cortés—que yo conté desde una mezquita, cuatrocientas y tantas torres en la dicha ciudad, y todas son de mezquitas.»

(2) Herrera, *Historia General*.

(3) Hernan Cortés. Segunda carta á Carlos V.

(4) A pocas millas de la capital cholulesa, en una insignificante aldea de su

Podía considerarse Cholula como el emporio del comercio de las naciones de Anáhuac y como la reina de la industria y de la agricultura. Los choluleses sobresalían en la fabricacion de las telas finas de algodón; eran notables en las artes mecánicas, particularmente en la fundicion y trabajo de los ricos metales; curtían de una manera admirable las pieles, sobresalían en la arquitectura, y fabricaban exquisita loza de barro colorado, oscuro y blanco, de que abastecía á Méjico y á otras ciudades (1).

Los españoles observaban, admirados, el orden y adelantamiento de los habitantes de la poblacion en que acababan de entrar. La gente iba mejor vestida que la de Tlaxcala. Los nobles llevaban sobre su traje finas mantas de algodón, tejidas de diversos colores, semejantes, en la forma y en la tela, á los albornoces moriscos (2). Las calles eran mas anchas y bien dispuestas, y el trato mas dulce y suave. Dedicados á las artes y á la industria, los choluleses pasa-

mismo territorio, edificaron los españoles, poco despues de la conquista, la ciudad de Puebla. La belleza de esta hermosa poblacion, que rivaliza en edificios y grandeza con la moderna capital de Méjico; el activo comercio de ella, y las comodidades y recursos que presentaba, llevaron á ella á los habitantes de Cholula y de otras ciudades, quedando los antiguos pueblos casi abandonados.

(1) «E hacen en ella muy buena loza, barro colorado é prieto é blanco, de diversas pinturas, é se bastece della Méjico y todas las provincias comarcanas, digamos ahora como en Castilla, los de Talavera é Palencia.»—Bernal Diaz, *Historia de la Conquista*.

(2) «Los honrados ciudadanos de ella (de la ciudad) todos traen albornoces encima de la otra ropa, aunque son diferenciados de los de África, porque tienen maneras; pero en la hechura y tela y los rapacejos son muy semejables.»—Segunda carta de Cortés á Carlos V.

ban por mas sagaces que guerreros. Los tlaxcaltecas, como enemigos irreconciliables, les acusaban de afeeminados; pero era injusta la calificacion, pues aunque dedicados á las artes de una sociedad culta, política y pacífica, no por eso eran menos valientes en el campo de batalla, por mas que fuesen menos aguerridos y diestros.

Su forma de gobierno era semejante á la de la república de Tlaxcala, residiendo el poder en los sacerdotes.

En medio de la riqueza, de la abundancia y de la multitud de gente que se ocupaba en el cultivo de los campos, llamaba la atencion y daba un aspecto triste á la ciudad el considerable número de mendigos que «padeciendo necesidad por falta de pan» pululaban por las calles, casas y mercados, pidiendo limosna. Hernan Cortés, sorprendido con la novedad, dice que vió por los sitios públicos un número de pordioseros no menos numeroso que el que se encuentra en los países civilizados (1).

No es que el general castellano juzgase, como ha creído un ilustre escritor, «por señal de civilizacion la mendiguez» (2). Nada de eso. La admiracion de Cortés nacia de encontrar en un país de pocas exigencias el número

(1) «Padecen necesidad por falta de pan; y aun hay mucha gente pobre, y que piden entre los ricos por las calles, y por las casas y mercados, como hacen los pobres en España y en otras partes que hay gente de razon.»—Carta segunda de Cortés á Carlos V.

(2) Me refiero al respetable baron de Humboldt. En su *Ensayo político sobre el reino de Nueva España*, dice, despues de insertar las palabras del caudillo español: «Es notable el que tenga Hernan Cortés á la mendiguez como por una señal de civilizacion.» Repito que Cortés no creia que la mendicidad era señal de civilizacion; pero si que las exigencias de una sociedad culta vuelve en mendigos á los que sin ellas vivirian sin recurrir á la limosna.

de necesitados que, no encontrando en las capitales civilizadas, en que la sociedad se ha creado grandes necesidades, los medios necesarios para atender á la subsistencia, se ven precisados á recurrir á la caridad pública. No es tampoco, por la razon que acabo de emitir, una dura «crítica de la civilizacion», la que quiso hacer al presentar esa parte desgraciada de la humanidad solicitando el socorro de la mas venturosa, como indica otro apreciable historiador (1).

Pero si bella era la ciudad de Cholula por sus notables edificios, sus grandiosos templos, su comercio y su industria, no lo era menos por la seductora posicion que ocupaba. Reclinada en un extenso llano cubierto de maizales y cruzada de abundantes arroyos, parecia la diosa de las florestas presidiendo el desarrollo de las plantas. Era la ciudad que, hasta entonces, se habia presentado á la vista de los españoles en que concurrían las condiciones mas favorables para el europeo (2).

Era encantador el sorprendente panorama que alcanzaban á contemplar los ojos desde la elevada plataforma de la grandiosa pirámide. Los titánicos volcanes, denominados Popocatepetl (monte que arroja humo) y el Iztaccihuatl ó *mujer blanca*, levantaban al cielo sus elevadas cimas coronadas de nieve, como dos invencibles colosos

(1) «Dura crítica de la civilizacion, dice Prescott, que deberia colocar á nuestro venturoso país (los Estados Unidos de América) en un grado muy inferior de cultura.»

(2) «Es la ciudad mas á propósito de vivir españoles que yo he visto de los puertos acá.» Segunda carta de Cortés.

cubiertos de bruñidos cascos de reluciente plata, defendiendo la entrada del majestuoso valle de Méjico. Un círculo de montañas porfidíticas, formando una gigantesca barrera, resguardaban, imponentes, el encantador recinto. Al Oriente, bañado por la luz del sol, se descubria el volcánico Pico de Orizaba, ó Montaña de la Estrella, velada su nevada cima por las blancas y oscilantes nubes que llegaba á tocar con su frente. Mas cerca, la agreste y áspera cordillera de los montes de Metlacueye, ó Sierra de la Malinche, dividiendo el territorio tlaxcalteca de la república de Cholula, y por donde quiera los mas notables objetos de una vigorosa vegetacion.

Los españoles contemplaban admirados las bellezas y encantos de la ciudad y de la campiña que la rodeaba.

Los choluleses, afectuosos y atentos, parecian esmerarse en hacer aun mas agradable su capital, obsequiando constantemente á sus valerosos huéspedes. Hernan Cortés acabó de persuadirse de que los tlaxcaltecas habian acusado sin razon á sus enemigos; pero pronto tuvo motivo para acoger de nuevo las sospechas por ellos inspiradas. Unos mensajeros enviados por Moctezuma llegaron de Méjico, y sin presentar asunto ninguno al jefe español conferenciaron con los embajadores mejicanos, que aun permanecian en el real castellano. Despues de haber tratado reservadamente el negocio que les habian confiado, retrocedieron á la corte con otro de los primeros enviados, ocultando á Cortés el objeto de la entrevista. Desde aquel momento la conducta de los choluleses hácia sus huéspedes cambió de una manera marcada. Los víveres se llevaban con menos abundancia, y los caciques y los nobles

empezaron á dejar de visitar al jefe español, pretextando enfermedades ó graves ocupaciones. Al tercer dia, las señales de hostilidad se presentaron mas pronunciadamente. Las provisiones faltaron por completo, y las personas que habian estado encargadas de proporcionarlas excusaban su falta, pretextando que la poblacion carecia de maíz y de los víveres que hasta entonces se le habian proporcionado.

El jefe español se alarmó con el repentino cambio operado en la conducta de los gobernantes choluleses, y receló que algo grave se tramaba contra él y su ejército. Sabia que los embajadores mejicanos que le acompañaban habian tenido algunas conferencias clandestinas con los caciques y sacerdotes. Notaba en los semblantes de los choluleses que entraban á su alojamiento la sonrisa burlona del que prepara algun golpe al que se juzga potente, y notaba en las respuestas que daban á sus preguntas, una mezcla de insolencia y de menosprecio que denunciaban un próximo rompimiento.

Los temores adquirieron bien pronto un carácter de realidad. Los jefes cempoaltecas se presentaron á comunicarle, por medio de Marina y de Aguilar, algunas noticias alarmantes. Habian notado en las azoteas de las casas próximas al cuartel considerable cantidad de gruesas piedras; en las calles sólidos parapetos levantados recientemente, y en diversos puntos profundos hoyos con agudas estacas en el fondo, cubiertos superficialmente de enramada y tierra encima, para que, al pasar los caballos, se hundieran con sus jinetes, quedando clavados en la estacada. Todo, en concepto de ellos, anunciaba que los habitantes de la ciudad se preparaban para alguna accion de guerra.

Algo de lo indicado por los cempoaltecas habia notado Cortés al entrar en la poblacion; pero si algun recelo le pudieron inspirar al principio las señales de hoyos y las piedras aglomeradas en las azoteas, como él mismo asegura, desaparecieron despues, en vista de los obsequios y de las atenciones de los magnates choluleses (1).

Casi en los momentos en que los cempoaltecas ponian en conocimiento del jefe español las alarmantes noticias referidas, se presentaron ocho soldados tlaxcaltecas, disfrazados de paisano, á comunicar otras no menos inquietadoras de parte de sus jefes. A una hora avanzada de la noche, habian visto desde su campamento, situado fuera de la ciudad, una gran fogata en la elevada torre de uno de los principales teocallis. Dos hombres y cinco niños habian sido conducidos á la plataforma y sacrificados al dios de la guerra Huitzilopochtli. Esto, segun ellos, indicaba que se disponian á la lucha contra los extranjeros y que solicitaban la victoria. Agregaron, como prueba irrecusable de que intentaban atacarles, que habian hecho salir de la ciudad á los ancianos, á las mujeres y á los niños, no quedando en la poblacion mas que la gente de guerra.

Hernan Cortés no dudó ya de que se tramaba un plan para destruirle; pero, sereno en el peligro, no dejó conocer en su semblante ni la mas leve señal de inquietud. Re-

(1) «Y en el camino topamos muchas señales de las que los naturales desta provincia (la de Tlaxcala) nos habian dicho; porque hallamos el camino real cerrado y hecho otro, y algunos hoyos, aunque no muchos, y algunas calles de la ciudad tapiadas, y muchas piedras en todas las azoteas. Y con esto nos hicieron estar mas sobre aviso y á mayor recaudo.» Segunda carta de Cortés á Carlos V.

suelto á vencer ó morir en la empresa abrazada, ordenó á los soldados tlaxcaltecas que volviesen á su campamento y dijesen á sus capitanes que estuviesen dispuestos á penetrar en la ciudad en el instante que les avisase.

A corroborar las alarmantes noticias que acababan de comunicarle llegó la hermosa Marina con una minuciosa relacion que ponía en claro los proyectos de los choluleses. La simpática jóven habia logrado conquistar, con sus dulces maneras, afabilidad y belleza, el afecto de la esposa de un noble cacique. La graciosa intérprete se habia manifestado agradecida á las atenciones de la distinguida dama, y pronto se entabló entre las dos una dulce amistad. Interesada la mujer del cacique en la suerte de su amiga, le confió, en secreto, el plan dispuesto contra los españoles, y le propuso que pasase á su casa para ponerse á salvo del terrible fin que les estaba reservado á los extranjeros. Marina se manifestó agradecida; y para ganarse la confianza de la dama se quejó de los españoles, diciendo que la tenian en insoportable cautiverio. Fingió un profundo disgusto de permanecer en sus cuarteles y un deseo vivísimo de recobrar su libertad. Luego, indicando que estaba dispuesta á seguirla á su casa, le preguntó si estaba segura de que los castellanos podrian ser vencidos, pues de lo contrario, la volverian á cautivar y la castigarían horriblemente por haberse fugado. La mujer del cacique, para tranquilizarla, le reveló entonces todo el plan. Le dijo que era infalible el éxito. El plan habia sido combinado en la corte de Moctezuma. Los embajadores mejicanos que acompañaban á Cortés habian celebrado varias conferencias secretas con los gobernantes de

Cholula para que se realizase. Veinte mil hombres habian llegado el dia anterior, enviados por Moctezuma, para unirse á las numerosas fuerzas de la poblacion. Diez mil se hallaban en las cercanías, y los otros diez mil en los principales puntos de la ciudad.

Los caciques de Cholula, entre los cuales se contaba su esposo, tenian reunido un ejército numeroso en unas barrancas próximas á la poblacion. En las calles se habian levantado gruesas fortificaciones, que estarian defendidas por los mas valientes guerreros. Profundos hoyos, con agudas estacas, cubiertos superficialmente con tierra, se habian practicado en los sitios por donde la caballería pudiera maniobrar, á fin de que, al hundirse, quedasen caballos y jinetes clavados en las penetrantes puas. El ataque debia darse en los momentos de salir de la ciudad en que estaban las estacadas ocultas. Al hundirse en ellas los corceles, una lluvia de flechas y de piedras, arrojadas desde las azoteas, debia caer sobre la infantería que, atajada en su frente por los guerreros colocados en los parapetos, y acometida por la retaguardia y los flancos por el ejército mejicano, seria completamente destrozada. La victoria sobre los españoles se tenia por indubitable. Hasta los cordeles para atarles estaban prevenidos. Veinte de ellos debian ser sacrificados en Cholula, en honra de sus dioses, y el resto en Méjico, á donde serian conducidos atados con las duras cuerdas preparadas al efecto.

Marina manifestó quedar tranquila con las seguridades del triunfo que le daba, pues así no volveria á caer en poder de los hombres blancos, y suplicó á la dama que la esperase un momento. Le dijo que, poseyendo varias telas

y joyas, tenia que sacarlas con disimulo, para no llamar la atencion de sus opresores, que iba á recoger algunas para entregárselas, y que á la noche, cuando todo estuviese en silencio, saldria ella con el resto, dirigiéndose en seguida las dos á la habitacion con que la brindaba.

La esposa del cacique aprobó lo dispuesto por Marina, y esperó tranquila á que ésta saliera con las alhajas que habia prometido entregarle en aquel momento.

La jóven intérprete, en vez de ir por las joyas, se dirigió á donde se hallaba Cortés, y por medio de Aguilar puso en conocimiento del jefe español todo lo revelado por la dama cholulesa.

Cortés hizo que condujesen á la mujer del cacique á su presencia, y por ella misma supo la verdad de lo que se tramaba. Para evitar que se llegase á saber que tenia conocimiento del plan convenido, mandó que la colocasen en una pieza separada, donde no se comunicase con ninguno de la poblacion, y que se la tratase con atencion y respeto.

El caudillo español se encontraba en una posicion difícil. Habia caido en el lazo, tendido diestramente para aniquilarle. Entonces comprendió toda la buena fé que habian encerrado los consejos de los senadores de Tlaxcala. Pero ya no era hora de lamentarse del error cometido, sino de hacer frente al peligro y buscar los medios de vencerle. Difícil se presentaba lo último. Se encontraba en una populosa ciudad, dispuesta con anticipacion para aquel trance. Las casas y los templos se hallaban convertidos en otras tantas fortalezas, defendidas por numerosos escuadrones de guerreros; las calles, ocul-